Crímenes impunes y detectives cómplices en *Siete Pelícanos*

Carmen Tisnado
Franklin & Marshall College

Crimen y *delito* son palabras que tienen definiciones concretas y directas. La vigésima edición del Diccionario de la Real Academia Española (1984), por ejemplo, ofrece las siguientes: "crimen: delito grave.//2. Acción indebida o reprensible" (396, Tomo I), y "delito: culpa, crimen o quebrantamiento de la ley.//3. Acción u omisión voluntaria, castigada por la ley con pena grave" (450, Tomo I). Ambas definiciones establecen una conexión indiscutible entre crimen y castigo: si el crimen consiste en una acción "reprensible," es de esperar que los ejecutores de la ley se encargarán de administrar la "pena" que corresponda a la gravedad del acto criminal.

La ficción detectivesca, cuyos inicios se atribuyen a la aparición de "Los crímenes de la calle Morgue" (Poe, 1841), en su fórmula clásica no sólo representa esta conexión entre crimen y castigo sino que promueve la aceptación social de que los detectives privados y en especial los miembros de las fuerzas policiales son quienes hacen posible que se mantenga el orden social. En otras palabras, el universo representado en la ficción detectivesca consiste en un mundo cuyas características básicas son el orden y la paz, eventualmente interrumpidos por un acto criminal. El orden establecido en este mundo exige que se realice una investigación cuya conclusión implicará la captura del autor o autores del crimen, su posterior castigo, y por lo tanto la restauración de la situación inicial de orden y paz. En este tipo de historia detectivesca hay tres elementos infaltables: el detective, el proceso de detección, y la solución. En obras contemporáneas es en el tercer elemento, la solución, donde se ve un mayor o total alejamiento del género ya que hay novelas en las que, por diversos motivos, no se halla la solución del crimen o si se llega a una, la solución es ambigua.[i]

El género de novelas que no sigue la fórmula tradicional (básicamente la novela *hard-boiled* y la novela de crímenes) se entiende como bastante realista.[ii] Por lo general el crimen a investigar se efectúa en una localización reconocible, y los personajes representan a gente común que no tiene nada de extraordinario o incluso llamativo. En este sentido, se puede decir que el género de crímenes expone los lados sórdidos pero reales de una comunidad. El lector experimentado, ya sea por curiosidad intelectual, por necesidad emocional, o por un afán de verse ajeno al mundo del crimen, entre otras razones posibles, tiene la expectativa de que todo conducirá a la solución final. Sin embargo, como señalé antes, hay obras más bien contemporáneas en las que esta expectativa no se cumple del todo. La pregunta que surge es, ¿qué tipo de sociedad es aquella cuya producción literaria, en forma sustancial, consiste en novelas de crímenes que permanecen irresueltos o quedan ambiguos? Ésta es la interrogante que pretendo explorar a través del análisis de la primera novela del autor peruano Roberto Reátegui, *Siete Pelícanos* (2002).

Roberto Reátegui (Lima, 1959) fue originalmente conocido en el Perú por ser periodista televisivo durante casi dos décadas antes de que apareciera su primera novela. Antes de que se publicara *Siete Pelícanos* Reátegui ya había ganado menciones honrosas y premios por su escritura de cuentos. Desde 2002 han aparecido dos novelas más escritas por el autor: *Retro* (2007), y *A fin de cuentas* (2008). La primera presenta la búsqueda de pistas que puedan dar razón sobre el motivo del suicidio de un buen amigo del periodista narrador. La segunda constituye la narración en primera persona de un profesor universitario desahuciado, que sabe que pronto morirá. *Siete Pelícanos* expone la investigación de lo que aparenta ser un grupo de asesinatos en serie. Se puede decir que en los tres casos el autor crea historias en las que existe un interés especial por indagar en los motivos o los acontecimientos que rodean de cerca la muerte de alguien. En ninguno de los casos, a diferencia de otras obras peruanas contemporáneas, las muertes ocurridas se ven teñidas por la violencia urbana de barrios pobres de Lima. Esto, sin embargo, no quiere decir que las acciones narradas en las novelas de Reátegui carezcan de violencia.

La década de los 80 y los primeros años de la de los 90 marcan lo que el periodista Gustavo Gorriti califica como "la mayor insurrección en la historia del Perú" (15). Las actividades terroristas de Sendero Luminoso y del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru desencadenaron una violencia que el país no había experimentado desde que se instauró la República. Como bien señala el psicoanalista Saúl Peña en su estudio sobre la sociedad peruana contemporánea, "Sendero Luminoso no es la causa de la violencia que vive el país, sino el resultado de la violencia que ya existía" (11). Peña señala que la opresión bajo la que vivía hacía mucho tiempo un gran sector de la población peruana hizo que el país se desenvolviera durante muchos años sobre una latente hostilidad. La hostilidad, de hecho, genera una experiencia de miedo. El sociólogo Carlos Reyna escribe sobre la violencia en el Perú algunos años después de la caída del terrorismo y afirma que "cada época tiene sus propios miedos. Hace poquísimos años Lima temía a los senderistas. El año 91 el miedo tuvo que ver con un problema de salud pública, una epidemia [de cólera]. La Lima liberal de la segunda mitad de los 90 le teme sobre todo a la delincuencia, a lo que en esferas relativamente especializadas se denomina también inseguridad ciudadana o violencia urbana" (59).

En efecto, durante los 90 empezó en el Perú, especialmente en Lima, una ola de delincuencia que cubre todas las esferas de la vida pública. A modo de representación de esta delincuencia, y a modo de reflexión sobre la misma, surge en la misma época una nueva narrativa urbana. *Siete Pelícanos* sigue esta trayectoria caracterizada, entre otras cosas, por un resurgimiento del relato de crímenes que no se resuelven o que resultan impunes, en la mayoría de casos debido a errores o descuidos en la acción detectivesca.
A diferencia de muchas de las novelas anteriores cuya acción se realiza en barrios de clase media o en sectores pobres de Lima, la acción de *Siete Pelícanos* tiene lugar en un balneario exclusivo del sur de Lima. En consecuencia, muchos de sus personajes pertenecen a grupos privilegiados que representan a la clase social acomodada que, de hecho, constituye una minoría en el Perú. Aún en estos tiempos son los miembros de los grupos privilegiados quienes, por su poder económico, y por lo tanto social y político, ejercen control sobre muchas de las decisiones que les corresponderían tomar a los

miembros del poder judicial o legislativo. La novela de Reátegui, en parte, representa una denuncia de este hecho. *Siete Pelícanos* narra la serie de supuestos asesinatos que tienen lugar en el balneario llamado "Los Pelícanos."

En este artículo propongo que el crimen irresuelto que se representa en la novela de Reátegui no lo constituye precisamente la serie de asesinatos que ocurren en la historia sino la corrupción que los encubre. En *Siete Pelícanos* se hace evidente que a través de una corrupción de la que nadie escapa se ejerce una manipulación de la versión oficial de los acontecimientos y, por lo tanto, hay una construcción intencional y consciente de lo que se presenta como "la realidad." La novela, en este sentido, consiste en la imputación de esta corrupción. En mi análisis del texto de la novela exploro el papel desautorizado y corrupto de miembros de la fuerza policial que actúan bajo el manejo de una clase privilegiada que todavía ejerce control y tiene poder en el Perú.

Como indiqué antes, *Siete Pelícanos*, al relatar una historia que ocurre dentro de un grupo de clase social privilegiada, presenta una perspectiva nueva en la narrativa peruana contemporánea. En cierto sentido la novela propone que no hay monopolio de la conducta criminal. El crimen ya no es exclusivo de las zonas sórdidas o pobres de Lima. Ocurre también en los lugares de lujo y privilegio. Esto, por supuesto, no es una primicia, pero vale resaltar que no es una idea que sobresale en la narrativa urbana peruana. Reátegui usa el nombre de un balneario real al sur de Lima, caracterizado, como sus balnearios vecinos, por un lujo inimaginable para la mayoría de habitantes de la ciudad y suburbios de Lima. Es importante anotar que estos balnearios están rodeados por zonas bastante pobres que constituyen lo que se denomina "el Cono Sur" de la Lima Metropolitana. El fenómeno de migración hacia la capital que se inició de manera ligeramente tranquila en los 40, creció en las décadas de los 50 y 60, y se acrecentó con vigor en los 80. El terrorismo, que surgió en las zonas andinas, hizo que poblaciones enteras partieran para Lima, ya fuera huyendo de los terroristas o de las fuerzas militares cuya tarea era perseguirlos. Esta población migratoria, frente a la falta de perspectiva que les ofrecía el gobierno en cuanto a dónde ubicarse, optó por la invasión de terrenos en las zonas marginales de Lima. Fue así como surgieron los tres grandes Conos de Lima (Norte, Sur y Este), en el siglo XXI ya establecidos como unidades vecinales.

"Los Pelícanos," es un balneario lujoso que se ubica al lado de las unidades vecinales del Cono Sur, algunas de las cuales mantienen una condición paupérrima. En *Siete Pelícanos* los personajes están básicamente de vacaciones. Un narrador anónimo describe el hallazgo respectivo de seis cuerpos, cada uno de los cuales es misteriosamente precedido por la aparición de un pelícano muerto. Al mismo tiempo el narrador presenta la investigación que le sigue a estas muertes. Además de los escasos miembros del cuerpo policial que de cierto modo participan en la investigación, el resto de personajes de la novela son veraneantes o las empleadas domésticas que les sirven.
Es importante examinar la primera oración que da inicio al relato: "Cuando apareció el primer cadáver, nadie le dio importancia" (9). Es natural que el lector concluya que el "cadáver" es el de una persona. Sólo unas frases después se descubre que es el de un pelícano. Lo encuentra un grupo de adolescentes jóvenes en uno de sus múltiples paseos por la playa. A pesar de su curiosidad inicial, apenas los chicos perciben el olor del

animal muerto, siguen su camino, y "el cadáver quedó abandonado, sin brillo sobre la arena" (9). Esto puede parecer el desenlace natural de un acontecimiento, por cierto, nada singular (no es del todo extraño que aparezca un pelícano muerto en una playa), pero podría significar también, como el narrador indica, "el primer indicio de un designio" (9).

Es inevitable reconocer en la frase recién citada una primera referencia, aunque oblicua, a cierta tarea detectivesca: es en el análisis de "indicios" o pistas que el detective puede reconstruir un crimen y, en la ficción detectivesca tradicional, restaurar la ley y el orden. A pesar de que esta palabra traiga consigo este tipo de connotaciones, el lector no puede precisar de inmediato en qué consiste "el indicio," y menos aún imaginar a qué alude. Sin embargo, basta leer dos párrafos más para que la palabra asuma toda la fuerza de su significado literal ya que "[u]n día después, cuando apareció el segundo cadáver, hubo una extendida sensación de desconcierto, desazón y asco. Porque éste sí era, en rigor, un cadáver" (10). En efecto, es el cuerpo de la primera de las seis personas que mueren misteriosamente en el balneario. En este primer caso, se trata del cuerpo de Celio, uno de los guardianes de la playa, al que también encuentran los jóvenes adolescentes. Los chicos examinan el cuerpo y comunican del hallazgo a sus padres, quienes, si en el pasado no le dan valor alguno a la vida de Celio, tampoco le dan ninguna importancia a su muerte. La consideran, más bien, una inoportuna interrupción de sus vacaciones veraniegas, por lo que, usando sus influencias, hacen que las autoridades determinen que esta muerte es "un simple suicidio" (11) y ordenan que el cuerpo sea trasladado fuera del balneario. Quizá éste sea el primer acto de manipulación de la realidad que se da en la novela. A partir de este momento la tergiversación u ocultamiento de hechos son práctica vigente y, más aún, socialmente aceptada por muchos de los personajes de la novela.

Para que mi análisis tenga mayor claridad, me detendré en la descripción de algunas de las acciones de la historia. Estos puntos del argumento ilustrarán mejor las ideas que constituyen la tesis de este trabajo. Sólo cuando los mismos adolescentes hallan el cuerpo de un segundo pelícano, Gabriel, considerado el *nerd* del grupo, asume, aún sin saberlo, su papel detectivesco: "con un palo Gabriel ausculta el cuerpo, la inspección no le aporta ningún dato" (13). Si bien no obtiene ningún dato con este primer examen, Gabriel no queda satisfecho y decide proseguir su investigación. Cabe agregar que Gabriel no es un personaje que goce de popularidad entre los jóvenes del grupo. Su papel de "detective" le confiere un aura especial, por lo cual dos adolescentes se le unen en la tarea investigativa, atraídos por la novedad que estos acontecimientos les traen a sus vidas. Es así como Gabriel empieza a buscar información en la red electrónica, especialmente sobre el mar de la costa peruana y los pelícanos que habitan en ella. Gabriel logra averiguar que la especie de ambos pelícanos encontrados no es propia de las costas de Lima. Sobre la base de esta información, y cuando otros miembros de la comunidad de veraneantes mueren, siempre después del descubrimiento del cuerpo de un pelícano, Gabriel concluye que las muertes no pueden ser productos del azar, y convence a sus amigos a que profundicen su tarea detectivesca.

Gabriel sabe que debe recurrir a la autoridad, y le parece lógico conversar con el teniente Ramírez, el oficial de policía de más alto cargo en la comisaría del distrito. Ramírez está caracterizado como un hombre de mente simple cuyos intereses principales son mantenerse fuera de todo peligro y procurarse compañía femenina que le sea un tanto gratificante. Su reciente romance con la hija del general Chávez, influyente oficial de la policía, le costó, por orden del mismo general, la destitución de su cargo en Lima, y el traslado a un pueblo del sur del cual "Los Pelícanos" forma una mínima parte. En un inicio Ramírez no le da importancia a lo que le cuenta Gabriel, pero poco a poco termina convencido de la coincidencia deliberada de las muertes de personas y pelícanos y se lanza en su propia investigación, en parte aceptando que es ridículo que se haya dejado persuadir por un niño, más aún cuando está contraviniendo las órdenes de sus superiores de no investigar ninguna muerte en el balneario. Éstos, aparentemente, temen la reacción de los residentes de "Los Pelícanos." Es obvio que estos veraneantes tienen, debido a su poder económico, una gran influencia sobre las autoridades de todo orden y las mantienen, hasta cierto punto, bajo su control. Es así como, a su vez, las autoridades de la policía controlan, casi hasta el abuso, los movimientos de sus subordinados, formándose una cadena inquebrantable de dominio y control.

Cuando sucede la cuarta muerte, en que, irónicamente, una ex-campeona de natación aparece ahogada en el mar, Ramírez decide extender su investigación, y de la manera menos obvia posible, extrae un pelo del cuerpo de la muerta, y lo lleva a un amigo médico forense, a quien, a modo de favor personal, le pide que lo analice y averigüe la causa de la muerte. Como sospechaba, el resultado es que la mujer no muere ahogada sino envenenada. Este descubrimiento, sin embargo, no le es útil, ya que su amigo le advierte que no haga nada al respecto:

> No le puedo entregar ningún papel, usted me pidió un favor y ya está servido, no se lo podía negar a un buen policía como usted, pero creo, mi querido teniente, que la cagó, imagínese que Chávez se entere de lo que usted hizo, póngase en el caso nomás, le aseguro que le abren una investigación, lo pueden acusar de omitir información, de manipular evidencia que pudiera haber servido para descubrir un crimen, eso y más, le abren un proceso, le dan una amonestación de rigor, usted no sabe lo que es eso, un mes detenido en su propia comisaría, todo bien puestecito en su foja, ascenso congelado, y hasta, si lo quieren joder más, cosa que al general Chávez le encantaría, lo llevan a la justicia militar. (94)

La ironía no es sólo que Ramírez no pueda hacer nada con la información recién adquirida, sino que además, la obtiene cuando ya hay más muertes en el balneario y cuando tiene pistas que lo conducen a pensar en el carácter provocado de éstas. Es fundamental prestar atención al lenguaje que usa el médico forense en la advertencia que le hace a Ramírez. La amenaza de que investiguen a Ramírez y que lo acusen de manipular evidencia parece ridícula cuando es él quien debería tener el apoyo de sus autoridades para realizar una debida investigación, cuando es él quien debe encontrar a los que deben ser acusados de los crímenes, y cuando es él quien está desentrañando la manipulación que otros hacen de los hechos.

Siguiendo el modelo de ficción detectivesca tradicional, el teniente Ramírez se siente extremadamente solo, quizá tan solo como Gabriel, quien, por su parte, descubre que la migración de pelícanos extraños a las costas limeñas es simplemente producto del fenómeno de la corriente del Niño y con este descubrimiento duda de sus sospechas, que hasta entonces consideraba fundadas. Sobre todo, esta nueva información hace que los dos amigos que le hacen de asistentes también le pierdan confianza y lo abandonen. Gabriel, al final sin ayuda de nadie, logra concluir lo mismo que concluye Ramírez: no hay un asesino en serie sino múltiples asesinos que, por motivos varios, matan a sus víctimas y usan, para su beneficio, la primera coincidencia de las muertes paralelas a las muertes de los pelícanos. En otras palabras, Gabriel y Ramírez deducen que los asesinos, o sus cómplices, usan la información del hallazgo del cuerpo de un pelícano antes de cada muerte y que, al final, perpetúan esa aparente coincidencia al matar a un pelícano antes de asesinar a sus respectivas víctimas. Ramírez incluso logra esclarecer el motivo de algunos de estos asesinatos.

Tanto Ramírez como Gabriel, sin embargo, están incapacitados para hacer nada al respecto. Nadie le haría caso a Gabriel. Sus amigos ya no lo miran como autoridad en la materia y los adultos no le querrían dar importancia a lo que considerarían como especulaciones de un niño fantasioso. Ramírez, por su parte, necesita protegerse. Sabe que continuar diciendo la verdad representaría su ruina. Como señala el narrador cuando relata la conversación entre el teniente y el médico forense, "Ramírez lo miraba incrédulo, tenía una prueba determinante qua para nada le servía" (94). En esta frase, Ramírez encarna a la gran mayoría de habitantes del Perú que, a pesar de saber que hay una corrupción rampante en el país, o sienten que no pueden hacer nada o se aúnan al sistema corrupto y al final, se convierten en ejecutores de mayor corrupción.

Saúl Peña define la corrupción de la siguiente manera: "la acción de dañar, pervertir, depravar y echar a perder manipulativa o utilitariamente a alguien con propósitos malsanos, alterando y trastocando su identidad, propiciando, consciente o inconscientemente, la complicidad en el logro de esta finalidad. La corrupción contamina la cultura, con el consiguiente deterioro de la calidad de vida" (59). Ramírez, en este caso, está en efecto, dañado, pues sabe lo que implica su silencio, y al igualmente asumirlo, se reconoce manipulado y utilizado. El proceso de corrupción está muy bien ilustrado. En parte, Ramírez y Gabriel, a pesar de no tener el típico papel de investigador de un crimen, comparten rasgos con la figura clásica del género: ambos se esmeran por descubrir el enigma del crimen y ambos se sienten solos durante todo o gran parte del cumplimiento de lo que consideran su misión. A diferencia de los detectives en los textos tradicionales del género, sin embargo, ninguno se siente libre para hacer público su último descubrimiento, aquel que resuelve el enigma. Ambos, aunque saben que han llegado a conocer la verdad, deben guardar silencio. En este sentido, *Siete Pelícanos* encaja dentro de lo que Stefano Tani describe como novela anti-detectivesca, a la que ubica dentro de la novela postmodernista. Tani menciona que lo que distingue al postmodernismo es su rechazo de la idea que un sistema unifique elementos. Más bien, señala Tani, el postmodernismo postula que todo sistema contemporáneo carece de un centro específico y tiene cualidades que subrayan la ausencia de una finalidad y de un fin

definidos; es decir, no existen bases concretas para llegar a la solución de un problema. Éstas también, indica Tani, son las características de la novela anti-detectivesca (39-40).

En este sentido, *Siete Pelícanos* puede ser considerada una novela anti-detectivesca. Al final, todo vuelve a su cauce, como si no hubiera ocurrido nada: "Para tranquilidad de todos los residentes de los condominios del sur, en las temporadas que siguieron no hubo hecho alguno que hiciese recordar esos momentos de incertidumbre que ellos supieron sobrellevar con tranquilidad, entereza y discreción" (201). Esta frase quizá sea la que hace que la novela constituya una denuncia de la corrupción del sistema de justicia en el Perú. Los residentes de los balnearios, al representar a las clases privilegiadas, tienen como interés primordial mantener el *status quo* que les permita continuar con su vida de comodidad y desenfado. Por otro lado, los adolescentes que se embarcan en su investigación representan la vaga esperanza de que alguien de este grupo social tenga un mayor interés por lo que ocurre en sus alrededores, y por lo tanto en el país. Esta esperanza, sin embargo, queda trunca y los acontecimientos, si algo logran, es terminar de convencer a estos jóvenes de que la realidad es manipulable para su propio beneficio, y que ellos son, en efecto, los que tienen el poder de manipularla. Es así como los jóvenes tienen una constante invitación a la participación, aunque sea con su silencio, en la corrupción que impera en el país.

La novela de Reátegui, con estas características, se perfila como una típica novela latinoamericana en la que se plasma el fracaso del acto de investigación detectivesca. Amelia Simpson describe acertadamente este fenómeno en su estudio de la ficción detectivesca en América Latina, en el que sostiene que el desarrollo del género no sólo recibe la influencia de lo que predomina en el mercado literario, sino que representa la incompatibilidad absoluta que existe entre la realidad de los países latinoamericanos y la ideología implícita en las convenciones del típico *whodunit* (19). En otras palabras, las convenciones del género sostienen una ideología en la que el orden ya está establecido. El crimen representa una suspensión de este orden, y la labor del detective es resolverlo para que el culpable sea castigado y el orden se reestablezca. Este orden, por cierto, funciona en forma paralela a los dictados de la ley. Ley y orden son las bases que edificaron la sociedad, y al mismo tiempo son los requisitos necesarios para que la sociedad se mantenga como está. Como señala Dennis Porter en su estudio sobre la ficción detectivesca tradicional:

> A crime … is by definition an antisocial act committed by one member of a human group against the group as a whole or another member of the group. … Consequently, a crime implies the violation of a community code of conduct and demands a response in terms of a code. It always depends on a legal definition, and the law … is a key element of the superstructure in ensuing the reproduction of the existing power relations in a society. (120-1).

Así, al representar el crimen y su respectivo castigo, la ficción detectivesca proyecta la imagen de un orden social establecido, y sobre todo, del sistema de valores que permite que este orden se mantenga.

¿Qué tipo de sistema de valores está implícito en la sociedad representada en *Siete Pelícanos*? Para la comunidad de "Los Pelícanos," el orden que se anhela mantener no es aquel regido por un sistema de valores éticos que perfilan a una sociedad cuya ley protege a sus habitantes. Más bien, el orden que se quiere preservar es aquel en que las personas optan por hacer caso omiso de actos que parecieran atentar contra las bases de una comunidad con tal de que la situación de cada cual permanezca inalterada. Más aún, si la opción de ignorar los acontecimientos se convierte en tarea imposible, la alternativa es modificar la realidad. De este modo, la corrupción pasa a ser una práctica necesaria para el mantenimiento del *status quo*.

Quiero resaltar el carácter autorreflexivo de *Siete Pelícanos*. El narrador, de manera constante, nos hace recordar que lo que cuenta es "[una]historia," (14) llegando incluso a decir que se trata de "[una] novela" (135, 202). El lector, a pesar de la intención que pueda tener de suspender la realidad e ingresar al mundo ficticio que presenta el autor, con frecuencia debe recordar que está leyendo una novela. Así, la separación de ficción y realidad dentro de la historia no es del todo clara para el lector, como tampoco lo es, en apariencia, para los residentes de "Los Pelícanos." La novela de Reátegui propone un mundo en el que las leyes de la ficción gobiernan el mundo real, y en que los hechos reales se desintegran como si fueran creados por un autor de ficción. En suma, si la sociedad peruana está retratada en esta novela, una de las conclusiones a las que debemos llegar al fin de nuestra lectura es que nada garantiza que lo presentado como real sea, en efecto, real. Asimismo, lo que pareciera ser producto de la imaginación podría ser, en efecto, real.

Esa falta de respeto por la verdad o la sinceridad es lo que genera y al mismo tiempo es producto de una sociedad en proceso de corrupción. Saúl Peña lo explica bien:

> Quien corrompe pone en peligro la cultura, la ética y la integridad de su entorno social. En la sociedad corrupta se impone lo material a lo espiritual, existe una sobrevaloración de lo económico, una filosofía nociva de considerar al dinero, las influencias, las coimas, la mal llamada viveza criolla, la filosofía de 'los fines justifican los medios,' como los valores primordiales de la vida. Quienes participan de una sociedad corrupta intentan salir de su pobreza material introduciéndose, dándose cuenta o no, en una pobreza ética, afectiva y emocional. (79-80)

En *Siete Pelícanos* los personajes no quieren necesariamente salir de su pobreza material, sino mantener su riqueza, a toda costa. Entre los personajes principales, Ramírez es el único que es pobre. Sabe que puede estar aún en peor condición si el general Chávez intenta darle otro castigo. Para evitarlo es que entra en la danza de la corrupción y termina dando pasos en la misma pista de baile de aquellos que perseguía. En suma, desde el policía investigador hasta posiblemente el narrador de la historia, los personajes están involucrados en la perpetuación de un sistema corrupto.

El narrador es, hasta cierto punto, un personaje ambiguo. Posee la omnisciencia que le permite contar todo lo que ocurre en "Los Pelícanos," además de lo que piensan y

sienten sus residentes. A pesar de que usa la primera persona del singular en la mayor parte de su relato, en diversas instancias recurre al plural en primera persona, invitando a una cierta complicidad de parte de los lectores de la novela. Esta complicidad contradice las características del género detectivesco tradicional, en el que, como explica Anthony Hilfer, el lector se siente muy satisfecho con su normalidad frente a la presentación de las desviaciones de la conducta, sólo propias del otro:

> In the conventional detective novel the reader is secured in his/her normality by the novel's firm presentation of deviance as the sign of the unaccepted other. In [some] crime novels, deviance is never unequivocal and is sometimes even the sign of the authentic self, and whereas the plot drive of the detective novel is the reader's participation of the linear pursuit of the criminal, in the crime novel we get caught up in circular patterns of substitution wherein the categories of criminal/victim, guilty/innocent shift and slide, putting us into doubt, about just what beast we have in view. (29)

Esta falta de divisiones específicas genera mayor complicidad entre lectores y personajes, o lectores y narradores.

Es de suma importancia que nos preguntemos qué implica ser cómplices del narrador de *Siete Pelícanos*. No sólo sabemos lo que él sabe, sino que guardamos silencio, junto con él, sobre el conocimiento adquirido. Con nuestro silencio, los lectores nos hacemos también ejecutores de la corrupción con la que se representa al Perú. Esta corrupción cómplice puede ser más perturbadora para los lectores que viven en el Perú en el momento de su lectura. Si examinamos esta característica de manera más extendida, lo que nos queda es sólo una pregunta: ¿Es acaso inevitable e inmodificable que una población entera, ya por propia voluntad, ya por falta de mejor alternativa, tenga que ser partícipe de un sistema que sólo contribuye a que se mantenga el *status quo*? Quizá sea ésa la pregunta que suscita la lectura de *Siete Pelícanos*. La respuesta, lamentablemente, es una aceptación silenciosa.

El silencio con que se enfrenta la pregunta planteada constituye una elocuente respuesta que afirma la inevitabilidad con que se perpetúa el sistema y lo imposible que es modificar esta situación. Siguiendo esta idea, los asesinatos que tienen lugar en "Los Pelícanos" son simplemente la manifestación de un crimen aún mayor: la corrupción que los encubre y que continuará encubriendo otras muertes y otros crímenes. En otras palabras, en *Siete Pelícanos* no sólo el crimen termina irresuelto. También permanece irresuelta la condición social que impide que el crimen se resuelva. La novela de Reátegui presenta el círculo vicioso del proceso de corrupción en que se encuentra la sociedad peruana.

Siete Pelícanos propone una idea de "crimen" que atenta contra uno de los significados de esta palabra. Como expuse al iniciar este trabajo, la segunda acepción de la palabra "crimen" es la de una "acción reprensible." En la novela tenemos acciones reprensibles que no sólo nunca se reprenden sino que terminan escondidas y olvidadas debido a la manipulación que se hace de la realidad. La gran paradoja es que las acciones

de la sociedad representada contradicen su propio código lingüístico. La práctica social que se observa en *Siete Pelícanos* insinúa la existencia de una sociedad para la que las palabras han perdido su calidad performativa. Y esto sólo puede representar una gran pérdida moral para ella.

Notas

[i] Para una explicación profunda de la ficción detectivesca y sus convenciones véase, *Detective Fiction*, de Robin Winks. Los textos citados en este trabajo también definen y explican las variaciones dentro del género detectivesco.

[ii] Dennis Potter y Tony Hilfer, en sus respectivos textos, presentan los subgéneros de la novela hard-boiled y de la novela de crímenes.

Obras Citadas

Gorriti, Gustavo. *Sendero*. Lima: Apoyo, 1990.

Hilfer, Anthony Channell. *The Crime Novel: A Deviant Genre*, 1st ed. Austin: University of Texas Press, 1990.

Peña, Saúl. *Psicoanálisis de la corrupción. Política y ética en el Perú contemporáneo*. Lima: Peisa, 2003.

Potter, Dennis. *The Pursuit of Crime: Art and Ideology in Detective Fiction*. New Haven: Yale University Press, 1981.

Reátegui, Roberto. *Siete Pelícanos*. Lima: Alfaguara, 2002.

Reyna, Carlos. "Las subculturas de la violencia: El miedo de Lim." *Quehacer*, 104. Lima: nov.-dic., 1996: 58-62.

Simpson, Amelia S. *Detective Fiction from Latin America*. Cranbury, NJ: Fairleigh Dickinson University, 1990.

Tani, Stefano. The Doomed Detective: The Contribution of the Detective Novel to Postmodern American and Italian Fiction. Carbondale and Edwardsville: Southern Illinois University Press, 1984.